

ennoblecidos. La pequeña y la mediana burguesía, por su parte, tuvieron un papel más discreto y su influencia social fue menor al dedicarse fundamentalmente a profesiones liberales o al comercio en una escala menor.

La *Miniatura de un caballero* es una buena muestra de la posición social que alcanzó la burguesía en el siglo XIX, sobre todo después de los importantes cambios económicos y sociales acaecidos a raíz de la Revolución Industrial y supone un intento por su parte de emular a la aristocracia tradicional.

Bibliografía

BALDO, M. (1993): *La Revolución Industrial*, Madrid: Síntesis.
CIPOLLA, C. (ed.) (1979): *Historia económica de Europa, t.3: La revolución industrial; t.4: El nacimiento de las sociedades industriales*, Barcelona: Ariel.
ESPINOSA, C. (1987): "Colección de miniaturas de los siglos XVIII y XIX en el MAN", *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, tomo V, nº 1 y 2, pp. 73-78.

GRACIA, J.A. (2010): *Las claves de la Revolución Industrial en España: el declive de la estructura económica actual*, Sevilla: Cultiva.
IÑIGO, L.E. (2012): *Breve historia de la revolución industrial*, Madrid: Nowtiulus.
PAPPE, B. (2014): *European portraits miniatures: artists, functions and collections*, Michael Imhof Verlag. Madrid: Edimat Libros, 2008.

Texto: Pilar Blanco, junio de 2018

Adaptación del texto: Maje Rubio y Dori Fernández
(Departamento de Difusión)

Museo Arqueológico Nacional

Departamento de Difusión
Serrano, 13
28001 MADRID
Tel. (+34) 915 777 912
Fax (+34) 914 316 840
www.man.es/man/actividades/pieza-del-mes.html

Nueva economía, nueva sociedad

Miniatura de un caballero



Al amparo de los cambios económicos que se produjeron en Europa como consecuencia de la Revolución Industrial, cobró fuerza un grupo social ya existente desde la Edad Media: la burguesía. Los burgueses se convirtieron en los principales inversores de las empresas industriales y ganaron poder e influencia política, llegando a convertirse en referentes dentro de la nueva sociedad capitalista. Las miniaturas fueron uno de los soportes preferidos de la burguesía y este ejemplo, Miniatura de un caballero, es una muestra de esa nueva realidad.

Las miniaturas como marco de representación de la burguesía en los siglos XVIII y XIX

Las miniaturas se definen por su reducido tamaño, lo que las convertía en fácilmente transportables, su detallada ejecución y el carácter íntimo de la representación pues la temática más frecuente era el retrato. Fueron uno de los formatos preferidos por la burguesía de los siglos XVIII y XIX para representarse. A diferencia de los grandes retratos, las miniaturas se empleaban en el ámbito privado y solían intercambiarse entre personas queridas, como una forma de sustituir a dicha persona en su ausencia. La existencia de estos retratos en miniatura fue algo que, por otra parte, encajaba con el contexto del siglo XVIII, cuando creció entre los burgueses el deseo de reafirmar la individualidad como signo de modernidad, así como de construir una apariencia elegante y refinada.

Este tipo de pintura, existente desde el siglo XVI, se hizo muy popular en Europa en el siglo XVIII y perduró en la centuria siguiente, si bien la aparición de la fotografía a mediados del siglo XIX contribuyó a su progresiva decadencia. Paradójicamente, fue en ese momento de declive cuando el arte de la miniatura se puso en valor y se organizaron exposiciones en las que se exponían estas obras (la Exposición de los Tesoros del Arte del Reino Unido en 1857 o la Exposición Internacional de la Albertina en Viena en 1924, son solo algunos ejemplos).

Podría decirse que esos años fueron una excepción pues, tanto antes como después, dentro del panorama artístico, cobró fuerza fue injustamente considerada un arte menor, los miniaturistas fueron expulsados de la Academia francesa a finales del XVIII y hubo incluso quien puso en cuestión que pudiera ser catalogado como “arte”, reduciendo su consideración a la de simple artesanía.

La técnica más frecuente para estas miniaturas era la de pintura sobre marfil, aunque también se han encontrado algunas piezas de óleo sobre cobre, esmalte sobre cobre o esmalte sobre porcelana. Las láminas de marfil tenían un grosor próximo a un milímetro. Sobre ellas solía realizarse un dibujo preparatorio con lápiz o pincel y después se aplicaba la película pictórica, hecha a base de pigmentos con aglutinante soluble en agua. Para la aplicación de la pintura podían utilizarse tres técnicas distintas, que en ocasiones eran empleadas simultáneamente en la misma obra: transparencias a modo de acuarela, puntillismo o pinceladas opacas.

La delicada pieza que presentamos, que no alcanza los cuarenta centímetros cuadrados (6.8 cm × 5.4 cm), forma parte de la serie de miniaturas que posee el Museo Arqueológico Nacional. Procede de la colección Villares Amor, un conjunto de 49 piezas, la mayoría de miniaturistas españoles, que ingresó en el Museo en 1925.

Se trata de una pintura sobre marfil donde se representa, sobre fondo parduzco, a un caballero de mediana edad cuya identidad se desconoce. Su atuendo lo identifica como miembro de la burguesía, pues va vestido elegantemente con una chaqueta azul con botones dorados, corbata y chaleco blancos. En su lado izquierdo, luce varias condecoraciones, entre ellas, la Cruz de la Orden de Santiago. La obra está firmada por Florentino de Craene (1793-1852), conocido litógrafo y miniaturista de origen belga que desarrolló su trabajo en Madrid desde 1825. Por su trabajo como miniaturista, la reina Isabel II le concedió el título de pintor de cámara honorario en 1849 y su habilidad como retratista le convirtió en pintor de

referencia para la sociedad madrileña de su época.

El auge de la burguesía en la sociedad industrial

Esta miniatura es un reflejo del auge social de la burguesía en el siglo XIX, sin embargo, este grupo social había surgido en el siglo XII, en los centros comerciales medievales (burgos). Se dedicaba preferentemente al comercio y la artesanía y su rasgo definidor era no estar sometido a la jurisdicción señorial. En la sociedad estamental medieval la burguesía formaba parte del estamento de los no privilegiados y, como todos los miembros de dicho estamento, apenas tenía derechos y estaba sometido a importantes cargas fiscales. Su situación se mantuvo durante el Antiguo Régimen. Si bien algunos burgueses llegaron a amasar importantes fortunas y a adquirir cierto prestigio social, especialmente en el norte de Europa, la verdadera transformación de la burguesía como grupo, y de la sociedad en general, no llegaría hasta la Revolución Industrial, que se inició en Inglaterra en el siglo XVIII y se extendió paulatinamente por Europa, Estados Unidos y Japón, llegando a España en el siglo XIX.

La Revolución Industrial fue un proceso de transformación económica, social y tecnológica que consistió en la sustitución de la fuerza humana y animal por la fuerza de las máquinas, lo cual trajo consigo numerosos cambios. Esta transformación estuvo motivada por varios factores. En primer lugar, el crecimiento demográfico producido por el mantenimiento de altos índices de natalidad junto con la reducción de la mortalidad. En segundo lugar, la revolución agrícola que tuvo lugar durante esos años y que llevó aparejada la mecanización del campo y el aumento de la productividad y, por tanto, la reducción de mano de obra agrícola, que se vio obligada a acudir a las ciudades en busca de trabajo. Por otra parte, la aparición de nuevas fuentes de energía, como la máquina de vapor y la rueda hidráulica, permitieron poner fin a las manufacturas e iniciar un sistema fabril. Por último, y muy relacionado con lo anterior,

se produjo la revolución de los transportes (nace el ferrocarril y el barco de vapor) que permitió transportar mercancías y personas a lugares lejanos en poco tiempo, lo cual hizo ampliar el tamaño de los mercados.

Esta Revolución coincide en el tiempo con la aparición de la teoría económica del liberalismo económico, propugnada entre otros por Adam Smith, que va a dar lugar a la implantación de un sistema capitalista. Este sistema se asienta sobre varios principios: interés individual como motor de la economía, propiedad privada de los medios de producción, libre competencia para estimular la innovación y deseo de alcanzar el máximo beneficio empresarial.

Todo ello trajo aparejada una serie de cambios sociales, entre los que cabe destacar el paso de la sociedad estamental a la sociedad de clases, proceso ya iniciado de manera incipiente en la Baja Edad Media: la posición social ya no dependía del nacimiento como en el Antiguo Régimen (privilegiado o no privilegiado), sino de la riqueza; existía movilidad social y cualquier persona podía ascender gracias a su trabajo; y valores como el esfuerzo personal, la propiedad privada, el ahorro, el trabajo o el individualismo se extendieron sin freno. Igualmente, se produjo el crecimiento de las ciudades, que ahora atraían a campesinos sin ocupación para trabajar en las industrias, y poco a poco, fue naciendo un nuevo grupo social vinculado a las fábricas, el proletariado, que denunciará sus malas condiciones de vida.

En este contexto, la burguesía se va erigir en el principal propietario de los medios de producción. Su interés individual le llevará a invertir en innovaciones, lo cual a su vez hará aumentar sus beneficios. Los burgueses no solo se enriquecieron, sino que ampliaron su poder e influencia sobre el resto de la sociedad, especialmente la alta burguesía, dedicada a la industria, la banca, el comercio o a trabajos en altos cargos de la Administración. Muchos de ellos se transformaron en terratenientes al hacerse con tierras procedentes de la Iglesia o la nobleza y, en ocasiones, emparentaron directamente con la aristocracia o fueron